

Los "hibakusha" de Hiroshima

Hugo PALMA

Probablemente nada, ni lecturas ni filmes, preparan en forma adecuada a un visitante para algunas de las impresiones del encuentro con Hiroshima. Viajé a Kyoto invitado por Naciones Unidas para participar en una conferencia internacional sobre asuntos de desarme y presentar un texto y puntos de vista sobre la cuestión de los problemas que pueden emerger de la aplicación de los acuerdos que se vienen adoptando en la materia. En seguida los participantes atendieron una invitación de las autoridades de Hiroshima para visitar la ciudad.

Recorrimos los monumentos del Parque de la Paz, instalado en la zona sobre la que estalló la bomba atómica. En el Museo, el propio director nos describió en detalle lo que había significado la explosión para la ciudad y relató que había conseguido sobrevivir porque su banca escolar se encontraba en el centro del aula, en tanto sus compañeros próximos a las ventanas perecieron en el acto. Objetos y fotos recuerdan que la utilización militar de la energía nuclear no representó simplemente un bombardeo más pesado.

El monumento más conocido lo constituyen los restos del pabellón de promoción industrial de la ciudad. Su cúpula de hierro retorcido, paredes rajadas y superficies tiznadas son el más vívido recuerdo arquitectónico que millones guardan como símbolo de lo ocurrido. Es instantáneo el sentimiento de desolación que producen. En el cenotafio una inscripción invoca a las víctimas a descansar en paz "...porque no repetiremos el mal" y el monumento de los niños a la paz recuerda a la adolescente Sadako Sasaki, que en su agonía leucémica rezaba para que el hacer mil grullas de papel doblado trajera suerte.

La presencia de innumerables visitantes y de centenas de escolares, que observan y escuchan entre asustados y perplejos pero no hacen muchas preguntas como si efectuaran la visita más para sentir que para informarse, no distrae la solemnidad de la colocación de flores ni la sensación de desasosiego y tristeza que se impuso para el resto de la jornada.

Vinieron luego las explicaciones técnicas y científicas que las autoridades pensaron que sus invitados deberían conocer. Académicos, diplomáticos y altos funcionarios las escucharon en un silencio absoluto y tampoco hicieron muchas preguntas. Al final de cuentas, no creo que hubiera hecho gran diferencia tratar de precisar si el infierno parecía estar más cerca de los tres mil o cuatro mil grados centígra-

dos, si realmente una persona debe recibir 700 rads de radiación para morir inevitablemente, si en un único y pequeño lugar del planeta el número de personas que murieron el 6 de agosto de 1945 fue en efecto cercano a los 120,000 y tantos otros si que no fueron preguntados y que, da haberlo sido, hubieran tenido en unos casos respuestas objetivas y precisas y en otros solamente suposiciones y pronósticos.

Ello se debe a que nadie sabe realmente cuándo terminará el drama de Hiroshima. Y no es que sea evidente, porque en la hipótesis negada de que algún visitante fuere tan desavisado como para ignorar lo que no cabe siquiera disimular, ni el cuidado del Parque de la Paz, ni la pujanza industrial y comercial de la ciudad, le indicarían que prácticamente todo fue destruido en un instante. Pero lo que no traducen ni el desarrollo urbano ni el agitado desplazamiento de los industriuosos habitantes que a la salida del trabajo llenan los restaurantes y las boutiques pietóricas de símbolos de status, lo traduce la voz de los "hibakusha" que nos tocó escuchar.

"...la humanidad tiene contraída una deuda de gratitud con las víctimas de Hiroshima y Nagasaki", dijo el Secretario General de las Naciones Unidas, Embajador Javier Pérez de Cuéllar, en la visita que hiciera. "Hibakusha" es la palabra específica que designa a esas víctimas del ataque nuclear. Vergonzantes durante muchos años como si hubieran hecho algo que no debían, han cambiado de actitud y asumen abiertamente posición no solamente para reclamar mayor ayuda gubernamental, sino y sobre todo en términos de denuncia de la carrera armamentista, especialmente la nuclear y de exigir el desarme y la paz.

De la señora Shizuko Abe y del señor Akihiro Takahashi oímos las versiones de su experiencia con el Apocalipsis. En la sala parecía que el tiempo se había detenido y que no había en el mundo otro sonido que el de un discurso en que las incomprensibles palabras traducían casi sin necesidad de traductor el horror y la perplejidad de lo vivido. Los relatos fueron concretos. Quiénes eran, qué hacían cuando lo inimaginable ocurrió en un microsegundo, cómo consiguen sobrevivir porque las hospitalizaciones y tratamientos no acaban, como no acaban tampoco los daños morales.

Escucharlos no fue fácil ni agradable y me produjo -creo que a todos nos produjo- mucha emoción.

Del tumulto de sentimientos, sin embargo, se fueron decantando algunas impresiones. La primera es que la detonación de la bomba fue un hecho de tal naturaleza que, sin que lo su-

girieran el discurso de las víctimas ni todo lo que de oficial tiene la conmemoración de Hiroshima, adquiere una especie de dimensión propia; parece un acto suspendido en alguna parte. No es que nadie ignorara que había una guerra en curso y que se habían cometido horrores; sino quién sabe, que nadie estaba preparado para "ese" horror que hasta entonces carecía de punto de referencia.

Entristece luego pensar que para los "hibakusha" el dolor no acaba. Más allá de las estadísticas y registros sobre los heridos y el grotesco estropicio humano producido, las evoluciones de la leucemia y varias formas de cáncer mantienen en permanente ansiedad a los sobrevivientes. Como si fuera poco, los científicos reconocen que no se puede aún descartar la multiplicación de mutaciones genéticas aberrantes que ya se han producido y que explican la angustia de que el horror se proyecte a las generaciones.

Conmueve finalmente percibir que en la protesta y la invocación de los "hibakusha" habla mucho más alto la esperanza que la rabia. Nadie podría dejar de comprender que en sus gemidos se filtrara el eco oscuro de la revuelta, pero lo que dicen es que sin la guerra no se hubiera producido Hiroshima. Y dicen también, en el desesperado afán de convencerse, que sus vidas, o lo que pueda decirse que sobró de ellas, tiene sentido, que aquello fue más horrible de lo que nadie puede describir, que no puede haber razón que lo haga comprensible, que hay un dolor para el que no se han inventado palabras, que no existe absolutamente nada que sea tan valioso como para justificar una guerra en la que puedan producirse nuevos Hiroshimas y de la que tal vez sobrevivan nuevos "hibakushas", y que quien haya visto lo que vieron y sufrido o sufra lo que sufren no podrá dejar de decir, como lo dicen ellos todo el tiempo: que la paz no es apenas deseable sino indispensable, que las armas de destrucción masiva son un crimen y que es un crimen peor la ambición, la agresión y el militarismo, que condujeron a las vidas que vivieron y a la ansiedad de que, próximos a su final, se olvide lo inolvidable.

No ignoro que probablemente se piense que sobre lo ocurrido ya todo estaba dicho y escrito. Pero yo no había estado antes en Hiroshima ni había escuchado el relato y la invocación de los "hibakusha". Hubo alguna vez en esa ciudad una persona que nadie conoce y que da testimonio de lo que ocurrió. Es ahora y para siempre una sombra en la piedra. Recordando esas voces y esa sombra y mirando a mi pequeña grulla de papel, deseo que si de algo pudieren servir estos párrafos, que sea entonces de testimonio.